20 Marzo 1962

Vacaciones

por **Joaquín CALVO-SOTELO**
De la Real Academia Española

EN todo el término de Varese, en la cercanía de Villa d'Este, no se ha producido defunción ninguna durante cinco días. Un periódico italiano ha dado la noticia cuando ya no lo era, esto es, al sexto, cuando ya el más frágil de los habitantes de Varese había demostrado ser mortal, perecedero y estaba muerto entre sus cirios, sus familiares lloros y sus preces. En el instante en que Varese era igual al resto del mundo se nos vino a decir que por unas fechas había sido diferente. Si no se nos avisó "a priori", perdónese al corresponsal, ya que por muy bien pagado que esté no se le puede exigir que se anticipe a los hechos. Algo impalpable, pese a todo—estrella fugaz, rayo verde, aurora extrafia—, habrá anunciado con sus misteriosos signos la ausencia durante cinco memorables y solemnes días de ese vilano siniestro que se lleva al otro lado de las montañas las pobres vidas de los hombres. En ese idioma, sin embargo—¡oh insuficiencia profesional!—, ninguna terrestre agencia de noticias tiene intérpretes o traductores especializados.

La muerte, pues, ha estado de vacaciones en la marca de Varese durante cinco días, en los que los varesotti pudieron hacer su recuento y hallarse iguales en número, sin mermas, y aun acaso acrecidos, porque el telegrama no nos dice que en ese lapso de tiempo nacieran otras vidas, pero todo hace suponer que fué así y que si la Parca generosa suprimió su trágica función eliminadora la opuesta a ella siguió su ritmo habitual, fecundadoramente.

La marca de Varese, liberada de su sombra siniestra... Yo me duelo de que nadie lo haya predicho, porque navegar seguro en el coto cerrado a su negra incursión habría sido motivo de una muy particular d e l i c i a. ¿Demuestra particular predilección de la gran enemiga por Varese su raro silencio? ¿Ha caído en su gracia y lo soslaya para no entenebrecer con sus alas enormes su bellísimo perímetro? ¿Presagia su ausencia, aunque provisional, otras aún más insólitas, más sugestivas...? "Durante cuatro días—nos dirá acaso el futuro informador—nadie ha sufrido dolor alguno en la ciudad de Varese..."

¿Tenemos ciertas razones de prudente optimismo para suponer que ese beneficio vaya a extenderse a otras ciudades, y no ya de ese país —para que la excepción no resulte muy notada—, sino, por ejemplo, del nuestro? ¿Es un cambio de actitud de la muerte? Cansada ya de ser implacable, ¿ensaya un régimen de atenuaciones en su política exterminadora, de discriminación quizá? ¿Se curará de algunas crueldades que tanto la afean? ¿Dejará de arrasar tantas vidas infantiles, de segar tantas jóvenes sonrisas, de eliminar tantas imprescindibles cabezas de familia, tantas prometedoras inteligencias...? V a m o s, vamos... ¿Por qué no busca una fórmula y nos permite vivir tranquilos y sin cuidados hasta una edad determinada? Entiéndase: no pretendemos escabullirnos. Si tranquilizarnos un poquito, hasta un límite, el que marcan, por ejemplo, las compañías de seguros. La muerte, de actuario... ¿Por qué no...? Si el resultado es el mismo, sus bazas las mismas y nuestro sino inmutable...

¡Ah!, todo esto es divagar ingenuamente a los lomos de una noticia cuya singularidad, eso sí, lo justifica. ¿Llegaron a darse cuenta de lo que sucedía las agencias de turismo? ¡Qué viajes "a forfait" hubiesen organizado entonces! Varese, convertido en almadía, en territorio exento, como aquellas embajadas que durante la guerra libraron a tantos inocentes del asesinato. Si a las agencias de turismo les cogió desprevenidas la buena nueva, ¿especularon con ella los médicos de Varese? ¿Se atrevió alguno a apoyar en tan insólita circunstancia sus palabras de consuelo a cuantos desfallecían atribulados por la inminencia del desenlace? ¿Hubo acaso quien dijo: "Nadie muere desde hace cuatro días...? ¿Quién sabe si...?"

Y de improviso, claro es, la muerte regresó airada. No más benevolencia, no más perdón, no más armisticio. Azar, deliberada indulgencia, olvido... Lo que fuese, se acabó. Con su crueldad, con su inexorabilidad de siempre reanudó su tarea. Me gustaría, por mera curiosidad poética, saber cómo murió ese primer muerto de la segunda época de Varese. Si fué de modo repentino o al declinar de una vieja crisis; si murió de muerte natural o violenta. Ya la ciudad entera se hallaría en vela, como ante la cercanía de un fenómeno cósmico. Imaginaos que sonaran las ocho, las nueve, las diez y que no anocheciera. Aún el sol en el cielo, impávido, sin prisas, dorando las cristalerías de los miradores provincianos y la misma línea inmóvil de sombra, segmentando las calles. Todos los pulsos suspenderían su compás y la conciencia de algo sobrenatural atenazaría los ánimos más templados. Cuando el sol, por fin, declinase, una respiración de alivio ensancharía los pechos. Tres, cuatro, cinco días sin que muriese nadie. Al doblar el sexto, tristemente la leve campana de la parroquia para anunciar el regreso a Varese de la muerte, los habitantes de aquel término venturoso comprenderían que acababan de ser liberados de una posible inmortalidad que ya empezaba a parecerles temerosa. Todo de nuevo, igual que siempre, recobraba su ritmo fatal de principio y de fin.